



EL MERCADO DE LA ESPERANZA. SANTANDER

El incendio del 14-15 de febrero del año 1941 está registrado en la memoria histórica de la ciudad de Santander como la última gran catástrofe natural sufrida por la ciudad. Un inusual fenómeno meteorológico estuvo en el origen del desastre: rachas de viento sureste de hasta 140 kilómetros hora barrieron la ciudad de Santander durante estos días, prendiendo la mecha que calcinaría el centro histórico medieval de la ciudad. El incendio devastó treinta y siete calles y redujo a ceniza cuatrocientos edificios de madera donde residían unas diez mil personas, población fundamentalmente de origen popular. Milagrosamente, el Mercado de la Esperanza, situado en la céntrica plaza que le da nombre, sobrevivió, el fuego murió a escasos quince metros de la fachada.

Solamente las vidrieras quedaron destruidas.

Más allá del argumento que desarrolla el relato al que acompaña esta reseña, el año 1941 fue un año crucial para el Mercado de la Esperanza porque, a raíz del gran incendio, gran parte de las pescaderías repartidas entre Atarazanas y las plazas Vieja y Nueva, totalmente destruidas por el fuego, vinieron a realojarse en la planta inferior del Mercado de la Esperanza. Esta circunstancia potenció la oferta comercial de este veterano mercado modernista construido entre 1897 y 1904, reforzando su liderazgo en la venta de productos de alimentación fresca de la ciudad de Santander.

El incendio arrasó unas 14.000 hectáreas de suelo con un alto valor urbanístico, por estar situado en el centro neurálgico de la



mismo, ya que acercó al mercado un tipo de cliente con mayor poder adquisitivo y nivel de exigencia gastronómica. Hay que pensar, de cualquier forma, que el Mercado de la Esperanza era en estas décadas el gran centro de distribución alimentaria de productos frescos de la ciudad. Solamente el mercadillo ambulante y sus comerciantes, que se ubicaban en la plaza varios días a la semana, podían complementar la oferta de productos frescos del mercado. De hecho, incluso hoy en día, rodeado por ocho pequeños supermercados de barrio y al menos tres grandes centros comerciales en la periferia, el Mercado de la Esperanza sigue teniendo, por su dimensión, con 108 puestos, una vocación supracomarcal. Es decir, que en la actualidad, y desde su creación, acuden a sus puestos clientes procedentes de toda la ciudad de Santander y de las comarcas aledañas para realizar las compras semanales o para adquirir algún producto

ciudad. La reconstrucción de este enorme solar, vacío tras el desescombro, provocó un cambio en la composición social de los barrios céntricos de Santander. Se diseñó un ensanche urbano octogonal que permitía el paso del tranvía. La población popular original fue reubicada en barrios periféricos del centro, en viviendas de escasa calidad. Los nuevos edificios que culminaron la reconstrucción, en el entorno del año 1953, estaban diseñados para alojar a una nueva clase media, burguesa y comercial. Este cambio del universo social de los barrios que rodeaban el Mercado de la Esperanza tuvo su reflejo en la evolución del





de alimentación fresca, sea carne, pescado, fruta o verdura, de especial calidad. Pero el Mercado de la Esperanza de Santander, con su imponente y emblemática arquitectura modernista de hierro, vidrio y teja, nunca ha sido un mercado elitista. En sus 108 puestos se han ofertado siempre productos con calidades y precios adaptados a todos los bolsillos y necesidades de la variada composición socioeconómica de Santander. Hoy en día sigue siendo así. Un aspecto significativo del Mercado de la Esperanza es la vinculación de los comerciantes con los productores locales. En el gremio del pescado, el prestigio de los pescaderos del Mercado de la Esperanza es extraordinario gracias a la calidad de los productos que ofertan y por el conocimiento del pescado que ofrecen a sus clientes diariamente. No es de extrañar, dado que hasta el 80% del pescado es comprado en la lonja diariamente. La lonja es puerta de entrada del pescado del Cantábrico no solamente a Santander, sino a muchas otras regiones españolas. Recordemos que los pescaderos del Mercado Sur de Burgos se abastecen semanalmente del pescado subastado en la lonja santanderina. Aunque Santander mira hacia su mar Cantábrico, respira desde su cordillera Cantábrica, montaña verde y húmeda, zona de ganado vacuno de calidad. Los carniceros del Mercado de la Esperanza lo saben y lo cuidan meticulosamente. Muchos de ellos recorren las pequeñas

explotaciones vacunas y los mataderos locales de las comarcas de Liébana y Potes, localizando las mejores reses y poniendo las piezas más selectas a disposición de sus clientes. Esta vinculación entre comerciantes y productores locales, añadida al reconocimiento que jalona años de confianza mutua, va pasando de generación en generación, acuñando un tesoro difícil de cuantificar pero que los comerciantes del mercado saben poner en valor frente a sus competidores. Desde la Asociación de Comerciantes se está estudiando, en este sentido, instalar en el mercado un pequeño centro de distribución de leche fresca recogida



diariamente de las explotaciones ganaderas de las comarcas colindantes. Este tipo de iniciativas muestran hasta qué punto el mercado puede y debe capitanear esta vinculación con los productos locales de calidad. La vinculación directa entre los productores locales y los comerciantes del mercado representa un modelo de alimentación, de interacción con nuestro entorno más inmediato, de relación respetuosa con los productos del terreno, situado en las antípodas del tipo de alimentación estandarizada, mecánica y anónima que se impone lentamente como modelo de consumo en nuestras sociedades.

La continuidad y pervivencia de este modelo está, además, asegurada en el Mercado de la Esperanza, ya que es uno de los pocos mercados de nuestra geografía que no tiene problemas a la hora de afrontar el relevo generacional. De hecho, los 108 puestos del mercado están

ocupados, y la edad media de los comerciantes puede rondar los 40-45 años; siguen viéndose hijos de comerciantes acompañar a sus padres diariamente en el puesto, aprendiendo el oficio en la mejor de las escuelas posibles.

Tras el incendio de 1941 y la rehabilitación parcial del año 1972, el siguiente momento decisivo en la vida del Mercado de la Esperanza fue la creación de la Asociación de Comerciantes del Mercado de la Esperanza (ACMES) en 1980. Los comerciantes se hacían cargo de la gestión directa del mercado, ganando en flexibilidad y agilidad a la hora de adaptarse a los inmediatos desafíos que la competencia de grandes cadenas de distribución iba a exigir a los comerciantes en los años inmediatamente posteriores. Uno de los desafíos que se ha planteado ACMES desde su creación es la necesidad de seguir atrayendo al mercado a las nuevas unidades domésticas que fijan su lugar de residencia en Santander, tanto en los barrios del centro histórico como en los



de la periferia. Para ello, evidentemente, los argumentos son claros: profesionalidad y calidad. Pero ACMES sabe que hoy en día es imprescindible ser y hacerse ver. Si el mercado representa un modelo alternativo de distribución y consumo, debe hacerlo visible de forma constante y sostenida. Por ello, desde ACMES se organizan semanalmente visitas de colegas al mercado, se realizan actividades culturales y gastronómicas y se patrocina al Club de Remo de la Ciudad de Santander, entre otras actividades.

Las nuevas unidades domésticas a las que se acerca el Mercado de la Esperanza son, en el centro histórico de Santander, las nuevas parejas jóvenes que ponen en valor el entorno urbanístico e histórico en el que viven. Son gente joven que, poco a poco, empieza a valorar el equilibrio de una alimentación fresca de calidad. Otro grupo referente para el nuevo universo social del Mercado de la Esperanza es el público inmigrante que recalca en el casco histórico

aprovechando la amplia oferta de apartamentos de alquiler y pisos compartidos. Este público comparte y valora la “cultura de mercado” que ofrecen los comerciantes de la Esperanza. Algunos de ellos fueron adaptando su oferta a este público, sobre todo en carnes y casquería. También algunos puestos de frutas y verduras empezaron a distribuir productos propios demandados por el público de origen latino, ecuatoriano y colombiano, y africano. Precios asequibles y calidades adecuadas para un público que, al tiempo que ampliaba la clientela del mercado, se integraba en él a través de la práctica social del intercambio comercial. En este sentido, el Mercado de la Esperanza sigue siendo fiel a su filosofía ya decimonónica de ser el mercado de todos los santanderinos, entendiendo como tal aquel que reside, trabaja y vive en ella.

Otro tipo de público que no ha dejado de comprar en el mercado son las jóvenes unidades domésticas que se instalan en la

periferia de Santander. Este público viene al mercado, bien en vehículo privado aprovechando los aparcamientos contiguos al mercado, bien y fundamentalmente en transporte público, aprovechando la conversión de gran parte del casco histórico de Santander en zona semipeatonal.

El día elegido preferentemente por todos estos públicos para hacer su compra en el Mercado de la Esperanza es el sábado por la mañana. Comprar en el mercado es sinónimo de pasear por el centro de la ciudad, llenarla de vida y de encuentros vecinales. Evidentemente, la Asociación de Comerciantes del Mercado es consciente del significado que tiene el Mercado de la Esperanza para desarrollar un modelo urbano y social de Santander más sostenible y equilibrado. Por ello reclama un más variado transporte público hasta el mercado. Al tiempo está estudiando la posibilidad de poner en marcha el servicio integral de venta y entrega a domicilio que facilitaría las compras de las unidades familiares que llegan al mercado desde la periferia y posibilitaría la compra no presencial pero de calidad que representa el Mercado de la Esperanza. El proyecto empezó a ejecutarse hace unos años, de hecho se habilitaron las zonas consigna y las cámaras para almacenar y organizar los pedidos. Sin embargo, los costes de poner en marcha el conjunto del proyecto eran tan elevados que ACMES decidió aparcar el proyecto provisionalmente y buscar una alternativa menos onerosa económicamente. En la actualidad, ACMES está estudiando la posibilidad de externalizar el proyecto de venta y entrega a domicilio, consciente de la importante oportunidad que representa, pero realista a la hora de llevarla a cabo. “Poco a poco”, esa es la filosofía de ACMES, en voz de su presidente, Antonio Movellán.



El proyecto que ocupa y desvela en la actualidad a ACMES es la necesaria rehabilitación interna del mercado. Transcurridos casi veinte años desde su última rehabilitación parcial en el año 1992, el mercado necesita una puesta al día de sus instalaciones: accesos automatizados, ascensores y montacargas interiores, mejora de la movilidad interior entre las distintas plantas del edificio, etc. En ello está la Asociación de Comerciantes del Mercado de la Esperanza. Y ha de conseguirlo, porque el cambio hacia un modelo productivo más sostenible, del que tanto hablamos estos días de crisis, está asociado a un modelo social y urbano también más sostenible, es su correlato necesario. Cualquiera que pasee un sábado por la mañana por las calles peatonales que rodean el Mercado de la Esperanza, llenas de niños que juegan y mayores que conversan, de gentes que reencuentran su identidad de ciudadano más allá del rol de consumidor, de individuos que redescubren el sentido de pertenencia a un espacio urbano del que se sienten vecinos legítimos, porque lo ocupan, lo recorren y le dan vida con su presencia, entiende de lo que estamos hablando cuando nos referimos a modelo urbano sostenible. ■

Juan Ignacio Robles

*Profesor del Departamento de Antropología Social
Universidad Autónoma de Madrid*